

LOS MEJORES CUENTOS
DE TODOS LOS PAISES

CUENTOS NORUEGOS



Publicaciones *Araluce*

XVI

LOS MEJORES CUENTOS
DE LOS MEJORES AUTORES

—

CUENTOS  NORUEGOS

LOS MEJORES CUENTOS PARA NIÑOS

PUBLICADOS :

- | | |
|--------|------------------|
| I. | Cuentos Armenios |
| II. | » Armoricanos |
| III. | » Flamencos |
| IV. | » Rusos |
| V. | » Japoneses |
| VI. | » Africanos |
| VII. | » Checoslovacos |
| VIII. | » Napolitanos |
| IX. | » Dálmatas |
| X. | » Egipcios |
| XI. | » Turcos |
| XII. | » Celtas |
| XIII. | » Irlandeses |
| XIV. | » Indostánicos |
| XV. | » Ingleses |
| XVI. | » Noruegos |
| XVII. | » Esquimales |
| XVIII. | » Tibetanos |
| XIX. | » Alemanes |
| XX. | » Griegos |
| XXI. | » Húngaros |
| XXII. | » Italianos |

26 1.80

LOS MEJORES CUENTOS PARA NIÑOS
COLECCIÓN FOLKLORICA SELECCIONADA
DE TODAS LAS RAZAS
Y DE TODOS LOS PUEBLOS

XVI
CUENTOS NORUEGOS

Los dos tontos. - Los Trolls en el bosque de Hedale. - La testaruda. - El gigante que no tenía el corazón en su cuerpo. - Las tres tías. - La flauta de Osborn. - El marido que quiso cuidar de la casa.

ILUSTRACIONES DE
J. DE LA HELGUERA
PRIMERA EDICIÓN



PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 - BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

121X

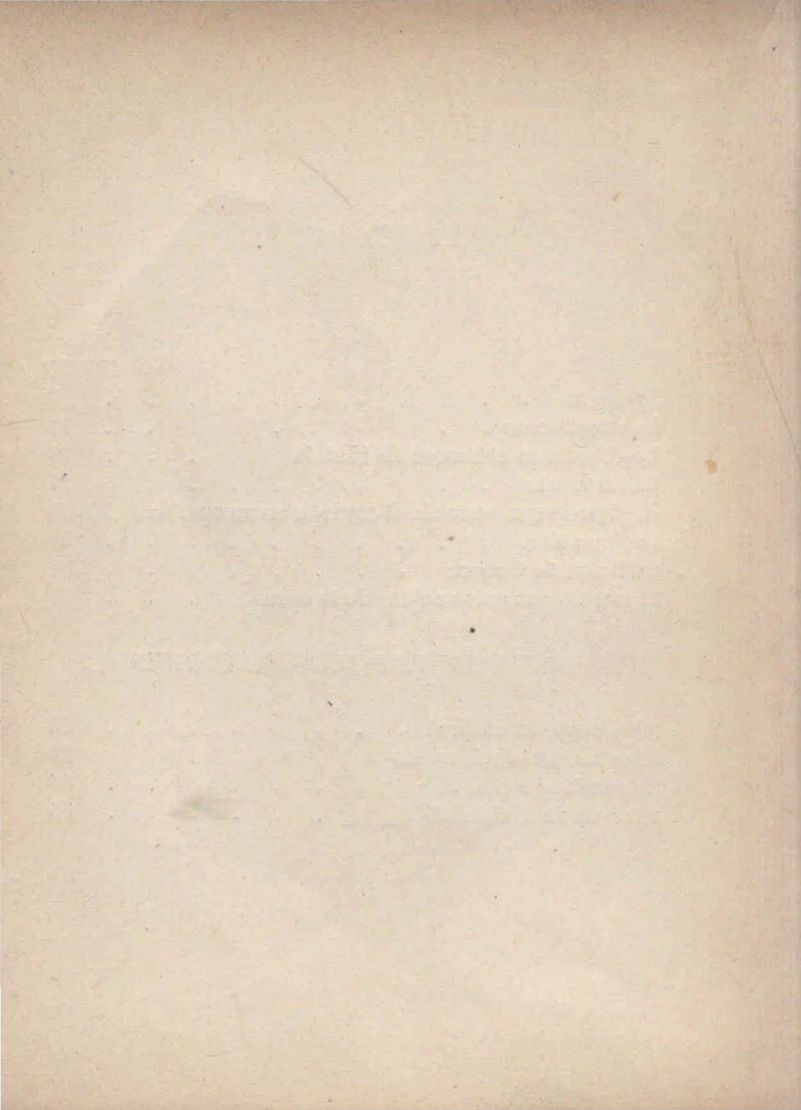
Es propiedad del Editor
Printed in Spain
Impreso en España

INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo.	7
Los dos tontos	11
Los Trolls en el bosque de Hedale	19
La testaruda.	27
El gigante que no tenía el corazón en su cuerpo	33
Las tres tías.	51
La flauta de Osborn.	61
El marido que quiso cuidar de la casa.	77

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

¡Qué cosa tan cómica!	16
Eran tan altos y fornidos	21
Se arrojó al agua...	46
¡Buenos días, abuela!	65



CUENTOS NORUEGOS

PROLOGO

La mitología nórdica, en general, de carácter tétrico y pesimista, ha ejercido profunda influencia sobre los elementos folklóricos que se han desarrollado en aquellas regiones subárticas, del mismo modo como las sus largas noches se advierten en la grandeza y en el carácter misterioso de la naturaleza que, en un plano inferior, quedan representados en los cuentos familiares. Los Trolls circulan por los bosques, siempre en busca de sangre cristiana y mostrando constantemente su animadversión hacia los humanos; por suerte se trata de seres que si bien son poderosos, en cierto modo tienen muy poca inteligencia y los hombres consiguen burlarlos con facilidad. Hay, también, gigantes malévolos, que se complacen en metamorfosear en piedra a cuantos hombres y animales hallan el paso, mas, aparte de todo eso, en los cuentos noruegos se refleja también de un modo encantador la vida fami-

liar, los pequeños problemas domésticos; se cultiva, de igual modo, la nota ligeramente cómica o irónica, y se alude a los pequeños conflictos matrimoniales, debidos a las diferencias naturales entre los distintos individuos que intervienen en ellas.

La vida del hogar que en los países fríos es, forzosamente, intensa y dilatada, queda, de igual modo, representada en los cuentos populares de Noruega. Por eso en ellos figuran en primera línea las virtudes de modo que, algunos de los cuentos, son verdaderas lecciones de moral.

En los cuentos que figuran en este volumen, hemos procurado representar las principales modalidades del elemento folklórico noruego. Así veremos algunos cuentos, como *Las tres tías*, que ha pasado a ser popular en otras regiones y con ligeras variantes de forma que se refiere igualmente en Inglaterra y aun en Francia y Alemania. La flauta de Osborn es, asimismo, un cuento que ha tenido el privilegio de ser adoptado por otras literaturas y, en cambio, *Los dos tontos* y *Los Trolls en el bosque de Hedale* son genuinamente nórdicos, de tal manera que no podrían confundirse con los de otro país cualquiera.

En resumen, Noruega puede ofrecer una colección de cuentos altamente interesante y estamos persuadidos de que serán del agrado de nuestros lecto-

res. Otros países del norte que también figurarán en esta colección, poseen consejas y cuentos populares de tipo muy semejante a los noruegos, pero de todos modos, siempre existe algún detalle característico que los diferencia entre sí, de manera que el lector cuidadoso no podrá menos que darse cuenta de ellas y, de este modo, distinguirá perfectamente las que son especiales de cada uno.

LOS DOS TONTOS

Hubo una vez dos comadres que solían disputar más o menos airadamente, como suelen hacer las mujeres, y cuando no tenían otro motivo de disensión empezaban a discutir los méritos y los defectos de sus maridos respectivos, tratando de poner en claro cuál de los dos era más tonto.

Un día en que empeñaron esta discusión porfiaron tanto una y otra, que subió el tono de sus palabras hasta el punto de que casi llegaron al trance de arrancarse las cofias, porque, como ya se sabe, es mucho más fácil empezar que terminar una disputa y la cosa adquiere muy mal aspecto cuando falta el buen juicio.

Por último, una de ellas, aseguró ser capaz de obligar a su marido a hacer cualquier cosa, por disparatada que fuese y también que se comprometía a hacerle creer lo que se le an-

tojara, sin limitación alguna porque, según aseguró, era tan tonto como un Troll (1).

Entonces la otra le contestó que, por su parte, era capaz de obligar a su marido a hacer cualquier tontería si le aseguraba que era preciso hacerla, pues era tan tonto que no habría podido distinguir entre la letra B y la pezuña de un buey.

—Bueno, pues hagamos una prueba—exclamó la primera—. Vamos a ver cuál de las dos sabrá engañar mejor a su marido y, de este modo, sabremos quién es el más tonto.

Así lo convinieron y cada una se dirigió a su casa respectiva para poner en obra su propósito.

Cuando el marido de la primera, maese Olaf, llegó del bosque a su casa, su mujer le dijo:

—¡Dios nos ayude! ¿Qué te pasa? Seguramente estás muy enfermo. ¡Quiera Dios que no estés a las puertas de la muerte!

—Pues mira—le contestó su marido—, no

(1) Mitología teutónica. Ser sobrenatural, imaginado, a veces, como enano y otras como gigante: asegúrase que vive en cuevas, montañas y lugares semejantes. En algunas ocasiones supónese que sólo tiene un ojo, y que aun ha de compartirlo con sus semejantes, de modo que, en este caso, se lo pasan de uno a otro, para poder ver. Igualmente asegura la tradición que el Troll no puede mirar al sol, porque, en este caso, estalla como una granada.

me duele nada. Solamente tengo un hambre feroz, de modo que ya puedes disponer la cena y un buen jarro de cerveza.

—¡No lo quiera Dios! ¡Pobre de mí!—exclamó la esposa—. ¡Este hombre está gravísimo! Ya tienes cara de muerto, de modo que lo que debes hacer es acostarte en seguida. ¡Oh, Dios mío, poco tiempo vivirás!

Y así continuó lanzando exclamaciones de dolor, con tal acento de sinceridad que por último su marido se convenció de que, en efecto, estaba enfermo de muerte. Ella lo ayudó a acostarse y luego le obligó a cruzar las manos sobre el pecho y a cerrar los ojos. Hecho esto le estiró los miembros y luego llamó al carpintero para que construyese un ataúd, en el que metió a su marido. Mas, con objeto de evitar que pudiera asfixiarse por falta de aire, hizo unos cuantos agujeritos en la tapa, por los que además podría ver lo que sucediese.

El otro marido, maese Gudrun, volvió también a su casa desde el campo y encontró a su mujer, que había tomado un par de cardas y estaba haciendo los movimientos apropiados para cardar lana, pero el buen hombre no vió esta fibra en manos de su mujer. Y entonces, dirigiéndose a ella, con acento burlón, le dijo:

—Es inútil que te afanes así, porque no tienes lana entre las manos. Observo que eres una imbécil. Nunca me habría figurado que fuese capaz de hacer semejante cosa.

—¿Que no tengo lana en las manos?—exclamó su mujer—. Pues sí, señor. Lo que pasa es que tú, que eres idiota, no la ves de tan fina como es.

Luego fué a situarse ante el torno y empezó a hilar aquella lana imaginaria.

—Te aseguro que es trabajo perdido—exclamó el buen hombre—. En vano es que hagas girar la rueda, porque del torno no sale ningún hilo.

—¿Que no sale ningún hilo? ¿No te das cuenta de que es muy fino? Sin embargo, ya comprendo que para verlo se necesitan ojos mejores que los tuyos. Eso es lo que pasa.

En cuanto hubo terminado de hilar aquella lana imaginaria, dispuso el telar, preparó la urdimbre y la lanzadera y empezó a tejer. Al cabo de algunas horas sacó la supuesta tela del telar, la planchó, la cortó según los patrones adecuados y empezó a coser un traje nuevo para su marido. Así, por lo menos, lo aseguró, porque el pobre hombre no había podido ver lana, hilo, tejido, ni traje y en cuanto éste

quedó listo, según aseguraba su mujer, lo colgó en el armario.

Su marido estaba con la boca abierta de asombro, pero al fin, como le constaba que su mujer era mucho más lista que él, acabó convenciéndose de que se había engañado. Y se alejó, murmurando:

—Sí, sí, ya lo comprendo. Eso se deberá a que la tela es demasiado fina.

Cosa de un día o dos más tarde, su mujer le dijo:

—Hoy habrás de ir a un entierro. El granjero Olaf ha muerto. Y lo entierran hoy. Por consiguiente deberías ponerte tu traje nuevo.

Maese Gudrun no opuso la menor resistencia y tampoco se negó a estrenar el traje en aquella triste ocasión. Había tenido amistad con maese Olaf y lamentaba mucho su temprana muerte.

Su mujer le obligó a ponerse el traje nuevo, pues era tan fino que podría desgarrarlo fácilmente si no lo ayudaba nadie en la operación.

Una vez su mujer le hubo asegurado que estaba bien vestido, maese Gudrun salió de su granja y se encaminó a la de maese Olaf. Llegó a tiempo para beber a la salud del muerto,

en compañía de los demás amigos que habían acudido para tomar parte en la ceremonia.

Y ya podéis imaginaros cómo se asombró todo el mundo al verle vestido como iba porque, en realidad, no llevaba ningún traje exterior. Eso, no obstante, le dejaron beber en abundancia, en lo cual todos los demás lo imitaron concienzudamente.

Pero cuando se organizó el cortejo fúnebre para llevar el muerto al cementerio, el difunto miró por los agujeritos que su mujer hiciera practicar en el ataúd y al ver a su compadre, maese Gudrun no pudo contener una sonora carcajada.

—¡Caramba!—exclamó—. No puedo contener la risa, aunque se trate de mi entierro. ¿Pues no va maese Gudrun casi en cueros? ¡Qué cosa tan cómica!

Cuando oyeron tales palabras los que llevaban las angarillas, se apresuraron a dejarlas en el suelo y a abrir la tapa del ataúd. Maese Gudrun, el del traje nuevo, preguntó cómo era posible que el muerto, en cuyo honor habían bebido abundante cerveza, se entretuviera en reír y charlar dentro del ataúd, cuando a él le habría parecido mucho más propio que se entregase al llanto.



¡Qué cosa tan cómica!

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

—¡ Ah!—exclamó el difunto—. Como ya sabéis, amigo Gudrun, nunca consiguieron las lágrimas sacar a nadie de la tumba y por eso me río con el deseo de recobrar la vida.

Todos los asistentes al entierro se convencieron de que allí ocurría algo raro. Como es natural, nadie creyó un momento en la muerte de maese Olaf y al fin acabaron convenciéndose de que sin duda su mujer lo había hecho víctima de una broma pesada. Y, atando cabos, diéronse cuenta de que también maese Gudrun había sido objeto de alguna burla de su mujer, de modo que los dos se alejaron del brazo y muy seguros de que sus respectivas esposas habían querido divertirse a su costa.

Durante el camino pusiéronse de acuerdo acerca de lo que deberían hacer y una vez llegados a sus casas respectivas, llevaron a cabo el acto más juicioso de su vida entera. Y si alguien desea saber en qué consistió, mejor haría en preguntárselo a las varas de fresno que había en cada una de las dos viviendas.

LOS TROLLS EN EL BOSQUE DE HEDALE

En cierta comarca de Vaage, en Gudbrandsdale, vivía antiguamente un matrimonio muy pobre. Tenían muchos hijos y dos de ellos eran ya lo bastante crecidos para recorrer la comarca pidiendo limosna. Por esta razón conocían al dedillo todos los caminos y sendas de la región y también habían recorrido varias veces el atajo que llevaba a Hedale.

En cierta ocasión se les ocurrió ir a ese bosque, pero al mismo tiempo se enteraron de que algunos halconeros habíanse construido una cabaña en Maela, de modo que se les ofreció la ocasión de matar dos pájaros de una pedrada, pues deseaban ver los halcones y cómo cazaban los pajarillos. Por consiguiente tomaron el atajo a lo largo del bosque.

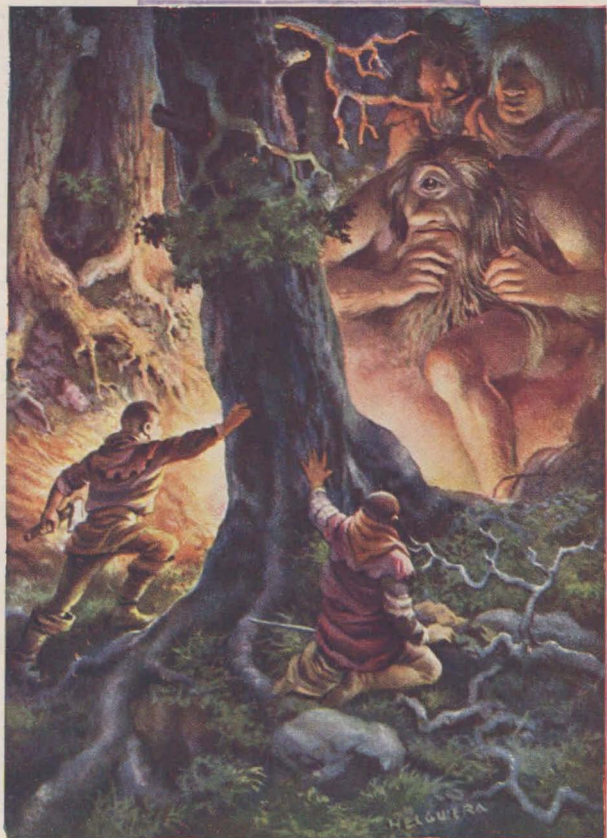
Es preciso añadir que estaba bastante avan-

zado el otoño, de modo que las muchachas que se dedicaban a ordeñar leche habían abandonado las chozas para volver a sus casas y, por lo tanto, los dos muchachos no podían abrigar la esperanza de obtener albergue ni comida.

Viéronse, pues, obligados a dirigirse en línea recta a Hedale, pero la senda apenas era visible, de modo que, al anochecer, diéronse cuenta de que se habían extraviado. Y lo peor fué todavía que tampoco sabían dónde se hallaba la cabaña de los halconeros.

Se encontraban entonces en lo más profundo del bosque, ignorando en absoluto qué dirección les convenía seguir y, después de hacer varias tentativas, comprendieron la inutilidad de seguir adelante. Por lo tanto, empezaron a romper ramitas y con ellas encendieron una hoguera y dispusieron una especie de choza de ramaje, gracias a que uno de ellos llevaba un hacha, hecho esto recogieron musgo y ramas de brezos, para hacerse una cama para cada uno.

Llevaban ya algún tiempo tendidos, cuando pudieron oír unos extraños resoplidos como si alguien respirase con gran fuerza por la nariz. Los dos muchachos aguzaron el oído para ave-



Eran tan altos y fornidos...

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

riguar si se trataba de algún animal silvestre o bien de unos Trolls del bosque y, de pronto, oyeron un resoplido mucho más fuerte que los anteriores y, una voz poderosa y bronca, dijo:

—Por ahí huele a sangre de cristiano.

Al mismo tiempo los dos muchachos oyeron unos pasos tan fuertes y pesados que hacían estremecer la tierra, de modo que ya no pudieron dudar de que unos Trolls andaban por allá.

—¡Dios nos ayude! ¿Qué haremos?—exclamó el más pequeño dirigiéndose a su hermano.

—Mira—le contestó el mayor—. Lo mejor será que tú no te muevas, aunque debes estar dispuesto a coger nuestros sacos y echar a correr cuando veas que se acercan. Yo, por mi parte, empuñaré el hacha.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando vieron venir hacia ellos a los Trolls como locos. Eran tan altos y fornidos que sus cabezas llegaban a la altura de los más elevados abetos, mas por suerte sólo disponían de un ojo entre los tres y se lo pasaban de uno a otro para poder ver por donde iban. En su frente tenía cada uno un agujero, donde ajustaban el ojo, como atornillándolo con la mano.

El Troll que iba delante guiaba a los demás, que se agarraban a una prenda de su traje, para no extraviarse.

—Coge los sacos—ordenó el hermano mayor—. Pero no te alejes demasiado. Así verás lo que sucede. Y como su ojo está a grande altura, les resultará muy difícil verme cuando yo me sitúe a su espalda.

El hermano menor agarró los dos sacos y echó a correr. Los Trolls lo descubrieron en el acto y empezaron a perseguirlo. Pero el hermano mayor se situó detrás de ellos y con su hacha dió un fuerte golpe en el tobillo de uno de los Trolls, el cual dió un chillido horrible y el que iba delante se asustó tanto, que empezó a temblar y se le cayó el ojo de la mano.

El muchacho al observar tal cosa se apresuró a apoderarse del ojo. Era mucho mayor que dos potes de a litro juntos y tan claro y brillante que a pesar de la profunda oscuridad del bosque, todo parecía clarísimo cuando se miraba a través de él.

Así que los Trolls se dieron cuenta de que les habían quitado el ojo y de que uno de ellos estaba herido, empezaron a amenazar al muchacho con todos los males posibles de este

mundo, si no les devolvía inmediatamente el ojo.

—Me río de vuestras amenazas y de todos los Trolls habidos y por haber — contestó el muchacho—. Ahora yo tengo tres ojos y vosotros tres no tenéis ninguno. Además, entre los dos, habréis de llevar al tercero.

—¡Si no nos devuelves inmediatamente nuestro ojo, tu hermano y tú vais a ser convertidos en piedras!—gritó un Troll.

Pero al muchacho le pareció que las cosas no podían ir tan de prisa. No temía los encantamientos ni hacía caso de las amenazas. Y estaba resuelto a que si no lo dejaban en paz, mataría a hachazos a los tres Trolls o, por lo menos los heriría de tal manera, que habrían de avanzar por el bosque como si fuesen liados como cualquiera de los animales que se arrastran sobre su vientre.

En cuanto los Trolls oyeron sus palabras, se asustaron aun más y entonces hablaron al muchacho, ya en tono bondadoso y afable. Le dirigieron amables ruegos para lograr de que les devolviese su ojo, prometiéndole que, a cambio de él, le darían gran cantidad de oro y plata, y todo cuanto pudiera apetecer.

Sus palabras sonaron muy bien en los oídos

del muchacho, pero como era un chico listo, les contestó que primero habían de darle el oro y la plata. Así, pues, si uno de ellos se volvía a su casa en busca del oro y de la plata necesarios para llenar su propio saco y el de su hermano y si además les daba dos ballestas, él se comprometía a devolverles su ojo. De lo contrario, se lo guardaría, conservándolo con el mayor cuidado hasta que hubiese recibido la recompensa.

Los Trolls estaban muy apurados, porque ninguno de ellos podía volver a su casa sin ver el camino que seguía. Y, convencidos de que su diminuto enemigo cumpliría la palabra dada resolvieron echarse a gritar llamando a sus mujeres, porque también las tenían.

Después de un buen rato llegó la respuesta desde una montaña vecina, situada al norte. Los Trolls, a gritos, recomendaron a aquella mujer que se dirigiese a ellos, cargada con dos cubos de plata, y llevase además dos ballestas, y ya podéis imaginaros que ella no tardó mucho en llegar.

Cuando se enteró de lo ocurrido, a su vez empezó a amenazar al muchacho con toda la suerte de brujerías y de maldiciones, pero los Trolls estaban tan asustados que le recomen-

daron ser prudente, porque aquella pequeña avispa era muy capaz de llevarse el oro, la plata, las ballestas y también el ojo.

La mujer de los Trolls arrojó al suelo los cubos y las ballestas. Entonces el muchacho tomó los regalos y luego tiró a lo lejos el ojo de los Trolls, quienes encargaron a la mujer que lo buscase, mientras él se apresuraba a desaparecer en compañía de su hermano.

A partir de aquel día nadie más ha oído decir que los Trolls anduviesen por el bosque de Hedale, en busca de sangre cristiana.

LA TESTARUDA

Un campesino tenía una mujer tan testaruda y amiga de llevar la contraria, que no había modo de vivir con ella, pues llegaba al extremo de que si el hombre deseaba una cosa aunque careciese de toda importancia, ella manifestaba en el acto, su deseo contrario y lo mantenía con toda la testarudez que le era propia.

Un domingo de verano, el marido y la mujer salieron al campo para darse cuenta de las esperanzas que podía ofrecerles la cosecha y, al llegar a un campo de centeno que había al otro lado del río, el marido dijo:

—Mira, ya está maduro, de modo que mañana debemos empezar la siega.

—Sí—contestó la mujer—. Mañana habremos de empezar a esquilar el campo.

—¿Qué dices? — exclamó él asombrado—. ¿Esquilarlo? No es eso, mujer. Querrás decir segarlo.

—No—replicó ella— Lo esquilaremos.

—Ya veo que no sabes una palabra de eso — exclamó el hombre—. Además, sospecho que has perdido el poco juicio que tenías. ¿Dónde oíste decir que se esquilaban los campos?

—Si no sé nada, poco me importa—replicó ella—. Me contento con eso. Pero me consta que es preciso esquilarse ese campo y no segararlo.

Y no hubo manera de convencerla de que decía una barbaridad.

Marido y mujer siguieron disputando acerca del particular y, por último, cruzaron el puente que atravesaba el río, el cual, en aquel lugar tenía gran profundidad.

—Hay el refrán—dijo el hombre— de que las buenas herramientas hacen el buen trabajo, pero te aseguro que si empleásemos unas tijeras de esquila para segar el campo, nuestro trabajo sería muy lento y malo. Por lo tanto, no te empeñes en esa tontería porque lo que debemos hacer es segararlo.

—De ninguna manera — contestó la mujer, cada vez más testaruda—. He dicho esquilarse y basta.

Y, al mismo tiempo, se acercó a su marido y abrió y cerró dos dedos, como si fuesen tijeras,

ante la nariz del buen hombre. Y en su ira y enojo miraba tan poco por donde pisaba, que tropezó contra una de las vigas descarnadas que había en el puente, con tal desgracia que se cayó de cabeza al agua.

—Es imposible curar a una persona de sus malas costumbres—observó el hombre—. Pero vamos a ver si consigo sacar a mi mujer del agua

—¿Todavía te empeñas en que debemos esquilarse el campo?—preguntó él.

—Sí, hay que esquilarse—chilló ella.

—Pues bien, ahora voy a enseñarte a llevar la contraria—replicó el hombre.

Y le metió la cabeza en el agua, pero fué en vano, porque en cuanto ella volvió a sacarla al aire libre se mantuvo en sus trece de que era preciso esquilarse el campo.

—No hay duda de que esta mujer está loca—se dijo el marido para sí—. Hay muchas personas que han perdido la razón y no se dan cuenta de ello, del mismo modo como los que tienen mucha inteligencia y no lo saben. En fin, probaré otra vez.

Volvió a meter la cabeza de su mujer en el agua y ella, entonces, levantó los brazos y, agi-

tando los dedos, imitó el movimiento de unas tijeras.

Entonces el hombre, ya rabioso, la mantuvo un rato debajo del agua, de modo que la mujer se ahogó y él, convencido de que ya estaba muerta, acabó por soltarla.

—Si no la dejase—pensó—, sería capaz de arrastrarme con ella al fondo. Por lo tanto que se quede ahí.

Y así la mujer quedó abandonada en el río.

Poco después su marido creyó muy mal haberla abandonado en la corriente sin darle sepultura cristiana, de modo que echó a andar por la orilla del río, corriente abajo y empezó a buscarla por todas partes, aunque en vano, porque no le fué posible dar con ella.

En vista de eso fué en busca de los obreros que trabajaban a sus órdenes y también de algunos vecinos y, entre todos, registraron la corriente, aunque sus esfuerzos no se vieron coronados por el éxito.

Cuando más apurados estaban, el marido se dió de pronto una palmada en la frente y exclamó.

—¡Caramba, ya sé lo que es! Estamos buscando en mal lugar. Mi mujer era muy testaruda y amiga de llevar la contraria. Segura-

mente no había en el mundo otra igual como ella. De modo que, aun muerta, habrá obrado como solía. Vale más que la busquemos corriente arriba, más allá del puente. Ya veréis como así la encontramos.

Y, en efecto, lo adivinó. Buscaron por el lugar en que había indicado y no tardaron en hallar el cadáver de la mujer que, aun después de muerta, dió prueba de su testarudez y de su afición a llevar la contraria.

EL GIGANTE QUE NO TENIA EL CORAZON EN SU CUERPO

Una vez había un rey que tenía siete hijos y los quería tanto que siempre quería estar acompañado por lo menos de uno de ellos.

Pero cuando ya fueron mayores, los seis primeros decidieron salir en busca de novia. El menor se quedó en el palacio y al lado de su padre, pues sus hermanos le habían prometido que además de sus respectivas prometidas, le llevarían otra para él.

El rey dió a los seis hijos mayores los trajes más bonitos que podéis imaginaros, tan finos y resplandecientes que despedían luz, además cada muchacho le pidió un caballo que costaba un verdadero tesoro y no os hablo de otras prendas de su equipo, tan magníficas como las ya mencionadas, porque sería cuento de nunca acabar. Baste decir que iban adorna-

dos y provistos como mejor puede imaginarse y según correspondía a su alta alcurnia.

Los seis príncipes visitaron muchos reinos y conocieron numerosas princesas, pero en todas ellas observaban algún defecto o alguna mala cualidad, de modo que no se resolvían a pedir ninguna por esposa.

Por último llegaron a la corte de un rey que tenía seis hijas, todas bellísimas, como no habían visto ninguna que se les pareciese, de modo que casi puede decirse que, en el mismo instante de haberlas visto, los seis príncipes se enamoraron de ellas y empezaron a hacerles la corte.

Las princesas no se mostraron insensibles a sus súplicas, de manera que a los pocos días, cada una de ellas había aceptado a su pretendiente respectivo y los príncipes, después de obtener el consentimiento del monarca y una vez las jóvenes princesas hubieron hecho sus preparativos de viaje, emprendieron el regreso hacia su propio país, aunque sin acordarse, ni remotamente de su promesa de llevar una prometida a su hermano menor, porque no pensaban en otra cosa que en sus respectivas novias.

Cuando ya hubieron recorrido buena parte

de su camino, pasaron por el pie de una montaña muy empinada, casi cortada a pico, en cuya cima se hallaba el palacio de un gigante. Este, al oír el ruido de los cascos de los caballos, salió y como estaba animado de muy malos sentimientos y se complacía en hacer mal, sin otro motivo que el gusto de obrar de esa forma, transformó a los príncipes, a las princesas y a los caballos en otras tantas figuras de piedra.

El rey, mientras tanto, esperaba con grande impaciencia el regreso de sus seis hijos, mas a pesar de que ya tardaban, nunca llegaba el día de su vuelta. Tan extraña tardanza infundió una intensa pena en el anciano monarca, quien aseguró que si no volvía a ver a sus hijos, nunca más recobraría la tranquilidad.

—Y menos mal que no te dejé marchar— dijo a su hijo menor—, porque, de lo contrario, me habría muerto de pena. Bastante dolor me causa la pérdida inexplicable de tus hermanos.

—Pues, precisamente, yo me proponía, padre y señor, pedir os el permiso para salir en su busca. Y ese mismo favor es el que solicito de vuestra bondad—contestó el príncipe.

—¡De ninguna manera!—replicó el padre—.

Nunca te daré permiso de marchar, por que, ¡Quién sabe si tampoco volverías!

Pero el príncipe estaba deseoso de salir en busca de sus hermanos y, al fin, se decidió a poner en obra su propósito.

Rogó tanto y tanto a su padre que, por fin, éste no tuvo más remedio que darle el consentimiento.

Al rey ya no le quedaba ningún caballo de valor, trajes ni equipos soberbios que dar a su hijo. Sólo pudo proporcionarle un caballo matalón. Pero al muchacho no le importó gran cosa ese detalle ni el hecho de ir provisto de un buen equipo y así, con el traje de todos los días montó a caballo y se dispuso a marchar.

—Adiós, padre—dijo—. Hasta que vuelva, no temáis cosa alguna. Y es muy fácil que traiga conmigo a mis seis hermanos.

Dicho esto emprendió la marcha

Al cabo de un buen rato encontró un cuervo en el suelo, que si bien agitó las alas, no pudo apartarse de su paso, tan debilitado estaba por el hambre.

—¡Oh, querido amigo!—exclamó el cuervo.

—Dame un poco de comida y te ayudaré cuando te encuentres en alguna necesidad

—Pocas provisiones llevo—contestó el prín-

cipe—, y por otra parte, no veo en qué podrás serme útil. Sin embargo, te daré alguna cosa, porque veo que tienes gran necesidad de comer.

Y en efecto, dió una parte de sus provisiones al cuervo.

A poca distancia de allí llegó a un arroyo, en el cual yacía un gran salmón. El pobre pez había ido a parar a un lugar seco y, por mucho que se esforzaba no podía llegar de nuevo al agua.

—¡Oh, querido amigo!—dijo el salmón al príncipe—. Dame un empujón para devolverme al agua y yo, en cambio, te ayudaré cuando lo necesites.

—Supongo—contestó el príncipe—, que tu auxilio no me será de grande utilidad, pero de todos modos es una lástima dejarte ahí para que te asfixies.

Dicho esto cogió al pez y lo tiró al agua.

Después de este incidente, avanzó durante largas horas y, por último, encontró a un lobo tan hambriento, que sólo tenía fuerzas para arrastrarse por el camino.

—Querido amigo, regálame tu caballo —rogó el lobo—. Estoy tan hambriento, que el

viento silba al rozar mis costillas. Hace ya dos años que no pruebo bocado.

—No—contestó el joven príncipe—. Eso no lo haré. Primero encontré un cuervo y me vi obligado a darle una parte de mis provisiones. Luego llegué al lado de un salmón y tuve que ayudarlo a volver al agua, y ahora tú me pides mi caballo. No puedo complacerte, porque es mi única montura.

—Pues podrías ayudarme, querido amigo—contestó el lobo—. Si quieres yo te serviré de cabalgadura y aun te ayudaré en un momento de necesidad.

—Poca será la ayuda que puedas prestarme—replicó el príncipe—pero puesto que lo necesitas tanto, te cedo mi caballo.

En cuanto el lobo hubo devorado la montura del príncipe, éste tomó el bocado, lo puso entre las mandíbulas del lobo y le sujetó la silla sobre el lomo. Y como el animal había recobrado todo su vigor, después de tan buena comida, sin el menor esfuerzo pudo resistir el peso del príncipe y echó a correr con tal rapidez, que el joven quedó pasmado.

—Dentro de poco rato—dijo el lobo de pronto—te mostraré la casa del gigante que se apoderó de tus hermanos.

Y, en efecto, apenas había transcurrido un cuarto de hora, cuando pudieron contemplarla a corta distancia.

—Mira, ahí está la casa del gigante—dijo el lobo—y éstos son tus seis hermanos a quienes, como a las princesas que los acompañaban y también los caballos, el gigante ha transformado en piedra. Allí, según podrás ver, está la puerta del castillo y es preciso que vayas a llamar a ella.

—Lo cierto es—contestó el príncipe, algo atemorizado—, que no me atrevo, porque el gigante me quitará la vida.

—De ninguna manera. No tengas ese temor—contestó el lobo—. Al entrar encontrarás a una princesa, quien te indicará la manera de acabar con el gigante. Únicamente he de recomendarte que sigas con toda exactitud las instrucciones que te dé.

Reanimado por estas palabras, el joven príncipe, aunque no había perdido del todo su miedo, se dirigió a la puerta del castillo del gigante y llamó.

Abrióse la puerta en el acto y el príncipe pudo observar que, de acuerdo con lo que le dijera el lobo, se presentaba a él una princesa tan hermosa como nunca viera él otra igual.

—¡Oh, Dios os ayude! ¿De dónde venís?— preguntó la princesa al verlo—. Este paso que habéis dado, será la causa de vuestra muerte. Habéis de saber que no hay nadie en el mundo capaz de matar al gigante que vive aquí, porque no tiene el corazón en el cuerpo.

—Bueno, bueno—contestó el príncipe—. Pero, puesto que ya estoy aquí, sería mucho mejor hacer algo para ver si puedo librar al mundo de la presencia de ese monstruo. Además, deseo devolver la vida a mis hermanos y sus prometidas, que he visto transformados en piedra, salvaros a vos del poder de este gigante y, por fin, huir sano y salvo.

—Ya veo que estáis decidido—le contestó la princesa—y me doy cuenta, asimismo, de que no tenéis más remedio que obrar como lo hacéis. Por consiguiente, meteos debajo de esta cama y prestad oído atento a lo que yo diga al gigante y a las respuestas que él me dé. Y he de recomendaros que no os mováis en lo más mínimo, porque él os oiría.

El joven príncipe se ocultó debajo de la cama y apenas se había guarecido allí, cuando regresó el gigante.

—¡Caramba!—rugió al entrar—. En esta

casa hay un olor de sangre cristiana que asusta.

—Es verdad—le contestó la princesa—. Hace poco rato vino aquí una urraca, que llevaba en el pico un hueso humano y lo dejó caer por la chimenea. Yo me apresuré a tirarlo lejos de la casa, mas no pude evitar que ese olor saturase el aire.

El gigante se contentó con aquella explicación y no volvió a referirse al olor de sangre cristiana que sentía.

Cenaron, pues, tranquilamente, el gigante y la princesa y luego cada uno de ellos fué a acostarse en su habitación respectiva. El gigante lo hizo en la cama debajo de la cual se había ocultado el príncipe y la princesa, que ocupaba la habitación inmediata, en cuanto, a su vez, estuvo en el lecho, exclamó en voz bastante alta para que lo oyese el gigante:

—Si me atreviese, quisiera preguntaros una cosa.

—¿Qué es eso?—preguntó el gigante con voz gruñona.

—Quisiera saber dónde guardáis vuestro corazón, puesto que no lo lleváis en el pecho.

—Mira, niña, eso no te importa. Pero, en fin, ya que quieres saberlo, te diré que lo tengo

oculto debajo del umbral de la puerta—contestó el gigante.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!—rió el príncipe para sí—. En tal caso no tardaremos en encontrarlo.

A la mañana siguiente el gigante se levantó con el alba y se dirigió al bosque. En cuanto hubo salido de la casa, el príncipe y la princesa empezaron a trabajar en busca del corazón, debajo del umbral de la puerta, pero cuanto más excavaban, más se convencían de que se esforzaban en vano

—Esta vez nos ha engañado—dijo la princesa—. Pero volveré a probar.

Aquel día cogió las más lindas flores que pudo hallar y las dejó caer sobre el umbral de la puerta, que habían dejado en el mismo estado anterior, para que el gigante no sospechara nada.

Y cuando llegó la hora del regreso de éste, el príncipe volvió a ocultarse debajo de la cama. No tardó en aparecer el gigante.

—¡Caracoles!—exclamó de nuevo—. Esta casa apesta a sangre cristiana.

—Es verdad—le contestó la princesa—. Hace poco rato vino aquí una urraca, que llevaba en el pico un hueso humano y lo dejó caer por la chimenea. Yo me apresuré a tirarlo

lejos de la casa, mas no pude evitar que ese olor saturase el aire.

El gigante se conformó con aquella explicación y ya no se refirió más al asunto. Poco después preguntó quién había dejado caer aquellas flores sobre el umbral de la casa.

—He sido yo—contestó la princesa.

—¿Y por qué razón has hecho eso?—exclamó el gigante.

—¡Ah!—contestó ella—. Os quiero tanto, que derramé esas flores sobre el umbral, ya que debajo está enterrado vuestro corazón.

—No digas tonterías—exclamó el gigante— porque lo cierto es que no está ahí.

Aquella noche, cuando el gigante y la princesa se acostaron, cada uno en su habitación, la joven preguntó, de nuevo, dónde guardaba su corazón, asegurando que tendría gran placer en saberlo.

—Bueno, ya que lo deseas—contestó el gigante—te diré que está dentro del armario de la pared.

—¡Caramba!—pensaron a la vez el príncipe y la princesa—, poco tardaremos en encontrarlo.

A la mañana siguiente el gigante se levantó muy temprano y se dirigió al bosque. En

cuanto hubo salido, el príncipe y la princesa se dirigieron al armario en busca del corazón del monstruo, pero, por más que lo registraron de arriba a abajo, no les fué posible dar con él.

—En fin—dijo la princesa—. Probaremos otra vez.

Cubrió de flores y guirnaldas el armario, y cuando llegó la hora del regreso del gigante, el príncipe volvió a ocultarse debajo de la cama.

—¡Vaya un olor de sangre cristiana que siento!—exclamó el gigante al entrar en su casa.

—Es verdad—contestó la princesa—. Hace poco rato vino aquí una urraca, que llevaba en el pico un hueso humano y lo dejó caer por la chimenea. Yo me apresuré a tirarlo lejos de la casa, mas no pude evitar que ese olor saturase el aire.

En cuanto el gigante oyó aquella explicación, que ya le dieron en los días anteriores, no replicó; pero, poco después, fijóse en que el armario estaba cubierto de flores y de guirnaldas, y preguntó quién había hecho aquello.

La princesa contestó que ella era la autora de tal adorno.

—¿Y cuál es el significado de esa tontería?
—preguntó el gigante.

—¡Oh, es que os quiero tanto, que no pude abstenerme de hacerlo, al saber que tenéis ahí vuestro corazón!—contestó la princesa.

—¿Y cómo es posible que hayas podido creer semejante tontería?—preguntó el gigante.

—Puesto que me lo dijisteis, lo creí—replicó la princesa.

—¡Eres una tonta!—le dijo el gigante—. Nunca sabrás dónde está mi corazón.

—A pesar de todo—contestó la princesa—me gustaría conocer su paradero.

Entonces el pobre gigante ya no pudo guardar el secreto por más tiempo y, casi a su pesar, dijo:

—A enorme distancia de aquí hay un lago, y en él una isla; en esa isla hay una iglesia y, dentro de ella, un pozo; en ese pozo nada un pato, dentro de cuyo cuerpo hay un huevo, el cual contiene mi corazón. Ya lo sabes, querida.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando apenas apuntaba el día, el gigante salió hacia el bosque.

—Ahora también debo marcharme yo—dijo

el príncipe a la princesa—. Pero lo malo es que no sé qué camino debo seguir.

Despidióse largamente de la joven y en cuanto hubo atravesado la puerta de la casa del gigante, vió al lobo que le esperaba.

El príncipe le dió cuenta de todo cuanto había ocurrido en la casa y expresó, además, su deseo de dirigirse a aquel pozo, situado en el interior de una iglesia, pero añadió que, desgraciadamente, no conocía el camino. El lobo, por toda respuesta, le indicó que montase en él, pues se comprometía a encontrar el camino.

Luego echó a correr con tanta velocidad, que el viento silbaba a su paso, atravesando setos y campos, montañas y marjales. Después de muchos días de viaje llegaron, finalmente, a un lago. El príncipe no sabía cómo le sería posible dirigirse a la isla, y el lobo, aconsejándole que no se asustara, se arrojó al agua, llevando a su jinete y tomó el camino de la isla. De este modo llegaron a la iglesia, pero las llaves de ésta estaban colgadas a grande altura, en la parte más elevada del campanario y, de momento, el príncipe no pudo hallar el medio de apoderarse de ellas.

—Es preciso que llames al cuervo—le aconsejó el lobo.



Se arrojó al agua...

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

El príncipe lo hizo así y, a los pocos instantes, el cuervo estuvo a su lado. En cuanto conoció los deseos del joven emprendió el vuelo y no tardó en volver con las llaves, de modo que el viajero pudo entrar en la iglesia.

Cuando llegó al lado del pozo pudo convencerse de que en él nadaba un pato, tal como había indicado el gigante. El príncipe empezó a llamar al ave, hasta lograr que acudiese a su lado y entonces la agarró rápidamente con la mano. Pero cuando levantaba al animal para sacarlo del agua, el pato dejó caer el huevo al fondo del pozo, de modo que el príncipe se quedó muy apurado, pues no sabía cómo lograría sacarlo.

—Ahora es preciso que llames al salmón— le aconsejó el lobo.

El hijo del rey atendió aquella indicación y, pocos momentos después, el salmón empezó a buscar por el agua del pozo y no tardó en llevar al joven el huevo que había encontrado. Inmediatamente emprendieron el camino de regreso y al fin llegaron a la casa del gigante.

Entonces el lobo le aconsejó que rompiese la cáscara y en cuanto lo hubo hecho así, el gigante, que estaba en su casa, dió un chillido de dolor.

Pero, comprendiendo lo que sucedía, empezó a llorar y a suplicar, asegurando que haría cuanto el príncipe quisiera, a cambio de que lo dejase en paz.

—Dile que si devuelve la vida a tus seis hermanos, a sus prometidas y los doce caballos, tú soltarás el corazón que tienes en la mano—aconsejó el lobo.

El gigante se manifestó dispuesto a hacer aquéllo y devolvió su primera forma a los seis príncipes, a sus prometidas y también a los caballos.

—Ahora acaba de romper el huevo—aconsejó el lobo.

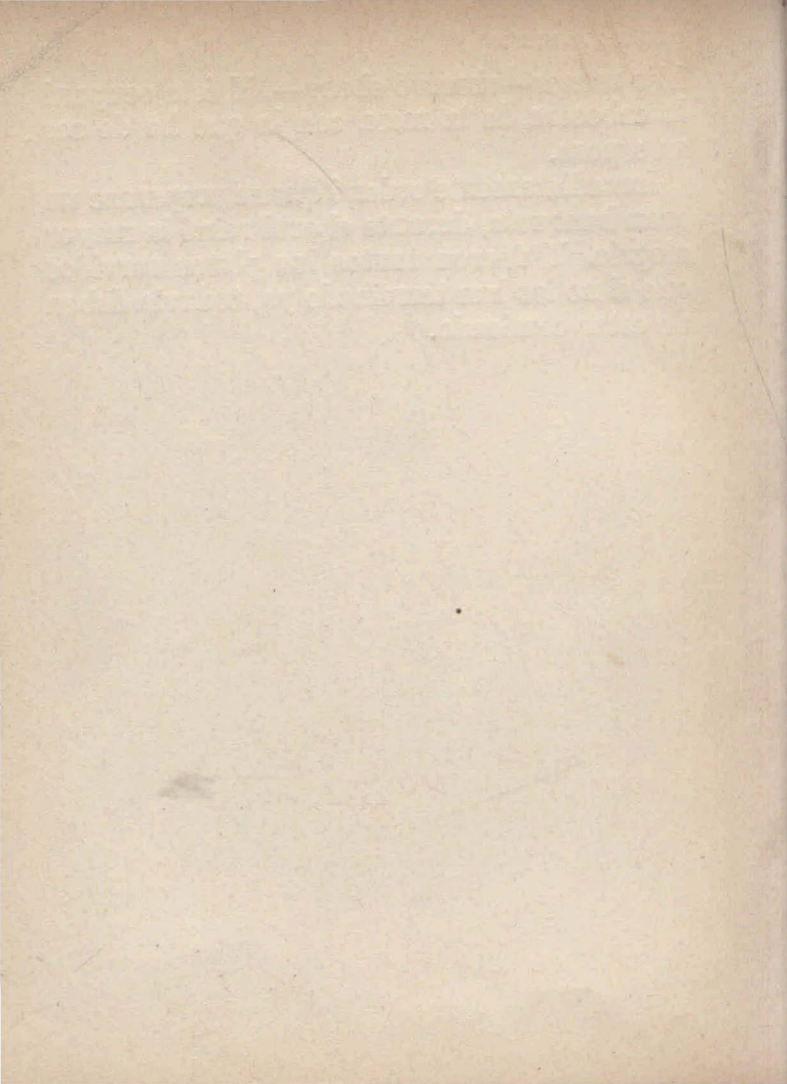
Así lo hizo el príncipe y el gigante estalló en mil pedazos.

En cuanto hubo acabado con él, el joven príncipe, acompañado por el lobo, volvió al camino y allí pudo ver a sus seis hermanos. El hermano menor fué en busca de la suya propia, es decir, de la princesa que vivía en la casa del gigante y luego todos, alegremente, emprendieron el viaje de regreso hasta la casa de su padre. Y ya podéis imaginaros cuál fué la alegría de éste al ser testigo del regreso de todos sus hijos acompañados de sus novias.

—Pero la más hermosa de todas es la de mi

hijo menor—observó el rey—. Y éste ocupará la cabecera de la mesa con la que ha de ser su esposa.

Inmediatamente ordenó que se preparase un gran banquete, durante el cual reinó la mayor alegría. Y fueron tantos los platos servidos que si no los han terminado ya, todavía deben de estar comiendo.



LAS TRES TIAS

Un pobre hombre vivía en una cabaña, situada en lo más espeso de un bosque, donde podía mantenerse gracias a la caza. Tenía una hija única, muy linda y como se quedó huérfana de madre, durante su primera infancia, en cuanto llegó a la juventud, manifestó su deseo de recorrer el mundo para ganarse el pan.

—Bueno, niña—le dijo su padre—. Es verdad que aquí no has aprendido más que a desplumar aves y a asarlas, pero, sin embargo, creo que, trabajando, podrás ganarte la vida.

La muchacha abandonó su casa en busca de algún empleo, y cuando apenas había hecho una jornada de camino, llegó a un palacio. Tuvo la suerte de que la admitiesen como criada y, al cabo de corto tiempo, la Reina se aficionó tanto a ella, que las demás criadas le tenían envidia. Por esta razón decidieron manifestar a la soberana que la joven se había

vanagloriado de ser capaz de hilar una libra de lino en veinte y cuatro horas, y como la Reina era una excelente ama de casa, apreciaba en mucho a las buenas obreras.

—¿Has dicho esto? Pues, en tal caso, habrás de demostrarlo—ordenó la Reina a la joven—. Sin embargo, te concedo algún tiempo más del que tú misma fijaste.

La pobre muchacha no se atrevió a decir que nunca en su vida había empuñado el huso, pero, en cambio, rogó que le permitiesen trabajar sola en una habitación, cosa que obtuvo fácilmente. En la estancia le dejaron un torno de hilar y una libra de lino.

La pobre muchacha se sentó muy triste, sin saber qué hacer y, por último, se echó a llorar. Mas sus lágrimas no remediaron nada, porque, al cabo de un buen rato de derramarlas, aun sabía menos cómo saldría de aquel apuro.

Deseosa de hacer algo, empezó a dar vueltas a la rueda del torno, en una y otra dirección, pero ya se puede comprender que no consiguió cosa alguna, porque nunca en su vida había visto un torno de hilar y ni siquiera un huso.

Cuando estaba más apurada y, de nuevo, a

punto de echarse a llorar, se presentó de improviso una vieja en la estancia.

—¿Qué te pasa, niña?—le preguntó.

—¡Ah!—exclamó ella dando un profundo suspiro—. ¡De nada me serviría el decíroslo, porque no podríais ayudarme!

—¡Quién sabe! — contestó la anciana—. Quizá te engañes.

La joven resolvió contarle su apuro y le dió cuenta de la pesada broma de que la hicieron víctimas sus compañeras de servicio, a causa de la cual se veía obligada a hilar una libra de lino en veinticuatro horas.

—Y así, pobre de mí, me veo encerrada en este cuarto, cuando, en toda mi vida, no había visto un torno de hilar.

—No importa, niña—le contestó la vieja—. Si me prometes llamarme tía el día más feliz de tu vida, yo me encargaré de hilar ese lino. Tú, mientras tanto, puedes tenderte para dormir.

La joven aceptó, sin vacilar, aquella extraña condición, y, tendiéndose en el suelo, se durmió casi en el acto.

A la mañana siguiente, al despertar, vió sobre la mesa todo el lino hilado y era el hilo tan fino y estaba tan limpio que, con seguridad,

nunca se vió otro trabajo igual. La Reina se alegró mucho al ver aquel hilo tan bueno y tan bien hecho, de modo que aumentó el aprecio que sentía por la joven.

Las demás criadas, en cambio, sintieron crecer su envidia y, confabulándose entre sí, convinieron en decir a la Reina que aquella muchacha se había jactado de que, en veinticuatro horas sería capaz de tejer todo el hilo que había hilado.

La Reina la hizo llamar, diciéndole que había de demostrar aquella habilidad de que se había alabado, aunque, desde luego, ella estaba dispuesta a concederla un plazo mayor.

Tampoco la joven se atrevió a replicar a la soberana que aquello era una mentira y, como la otra vez, sólo pidió que se le cediese una habitación para trabajar a solas y que, una vez allí, intentaría cumplir las órdenes de la Reina.

Y, otra vez, volvió a sentarse para llorar a sus anchas, pues no sabía qué hacer ni cómo salir del apuro en que se veía.

Al poco rato se presentó otra anciana en la habitación, preguntándole:

—¿Qué te pasa, niña?

Al principio la interpelada no quiso con-

testarle, pero, al fin, le dió detallada cuenta del motivo de su pena.

—Bueno—le replicó la anciana—. Si consientes en llamarme tía el día más feliz de tu vida, yo me encargaré de tejer ese hilo. Tú, mientras tanto, puedes entregarte al descanso.

La joven consintió fácilmente en aquella condición que, no por ser conocida, dejó de extrañarle, y se tendió a dormir. Al despertar vió sobre la mesa una pieza de lienzo, tan bien tejido, que, sin duda, no se vió otra tela igual.

La muchacha tomó la tela para presentarla a la Reina y ésta se alegró en extremo al ver aquel trabajo, que hizo aumentar todavía su aprecio por la muchacha.

En cambio, las demás criadas la envidiaron más que nunca y, deseosas de perderla, buscaron otra vez el modo de ponerla en una situación difícil.

Por consiguiente, dijeron a la Reina que la joven se había alabado de que, en veinticuatro horas, podía hacer tantas camisas como salieran de la pieza de tela.

Ocurrió lo mismo que las dos veces anteriores, es decir, que la joven no se atrevió a negar que hubiese dicho tales palabras, diciendo, como era en realidad, que no sabía coser ni

cortar. Vióse, pues, encerrada a solas en una habitación y allí se sentó, de nuevo, para entregarse al llanto.

No tardó en aparecer otra vieja, ofreciéndose a cortar y a coser las camisas, si la joven estaba dispuesta a darle el nombre de tía en el día más feliz de su vida. Ya se puede imaginar que ella aceptó complacida aquella extraña condición y entonces la vieja le ordenó que se entregase al sueño mientras ella se dedicaba al trabajo.

Cuando la joven despertó pudo ver sobre la mesa buen número de camisas perfectamente cortadas, cosidas y dobladas. La confección y el punto eran tan perfectos, que nunca se había visto trabajo igual y, además, todas las camisas llevaban un bordado con el nombre de la Reina y estaban a punto de ser estrenadas.

En cuanto la soberana vió aquel trabajo, palmoteando de alegría, dijo:

—¡Nunca tuve una costurera igual a ti, y nunca vi un trabajo tan perfecto!

Aquella nueva prueba de habilidad fué causa de que creciese su afecto por la joven camarera, hasta el punto de que la quería casi ya

tanto como a sus propios hijos y así, llevada por su entusiasmo, dijo:

—Mira, si quieres al príncipe por marido, podrás casarte con él, porque me conviene una nuera como tú, que nunca necesita contratar mujeres para que hagan esos trabajos. Sabes coser y cortar, tejer e hilar perfectamente y eso solo equivale a un rico dote.

Como la muchacha era muy linda, el príncipe se dió por satisfecho de tenerla por esposa y, por lo tanto, se hicieron acto seguido los preparativos para la boda.

El día de la fiesta y una vez ya celebrada la ceremonia religiosa, cuando el príncipe se disponía a sentarse a la mesa, al lado de su esposa, se apareció una vieja horrible, de nariz muy larga, que, seguramente, pasaba de dos metros. Inmediatamente al verla, la novia se levantó, hizo una reverencia y dijo:

—Muy buenos días, tía.

—¿Esa mujer es tu tía?—exclamó el príncipe.

—Sí, señor—contestó la joven.

—Pues bien, que se siente con nosotros a la mesa — dijo el príncipe, aunque, en verdad, tanto él como los demás invitados creyeron

que era demasiado horrible para gozar de aquel honor.

En aquel momento se presentó otra vieja, también muy fea. Aquella era jorobada, de modo que, entre los asistentes, hubo un movimiento de repugnancia al verla, pero la novia se puso en pie en el acto y la saludó, diciendo:

—Muy buenos días, tía.

El príncipe volvió a preguntar si aquella mujer era tía de su esposa y como ella le contestara afirmativamente, la invitó a que tomara parte en el banquete.

Mas apenas se habían acomodado todos, cuando apareció una tercera vieja. Esta tenía los ojos grandes como platos, rojos y legañosos, de modo que resultaba horrible mirarla. Pero la novia la saludó igual que a las dos anteriores, y el príncipe, después de vencer su repugnancia, la invitó, asimismo, a sentarse.

—Nunca me dijiste que tuvieras tales tías— exclamó el novio dirigiéndose a su esposa—. ¿Cómo es posible que siendo tú tan bella tengas esas tías tan feas?

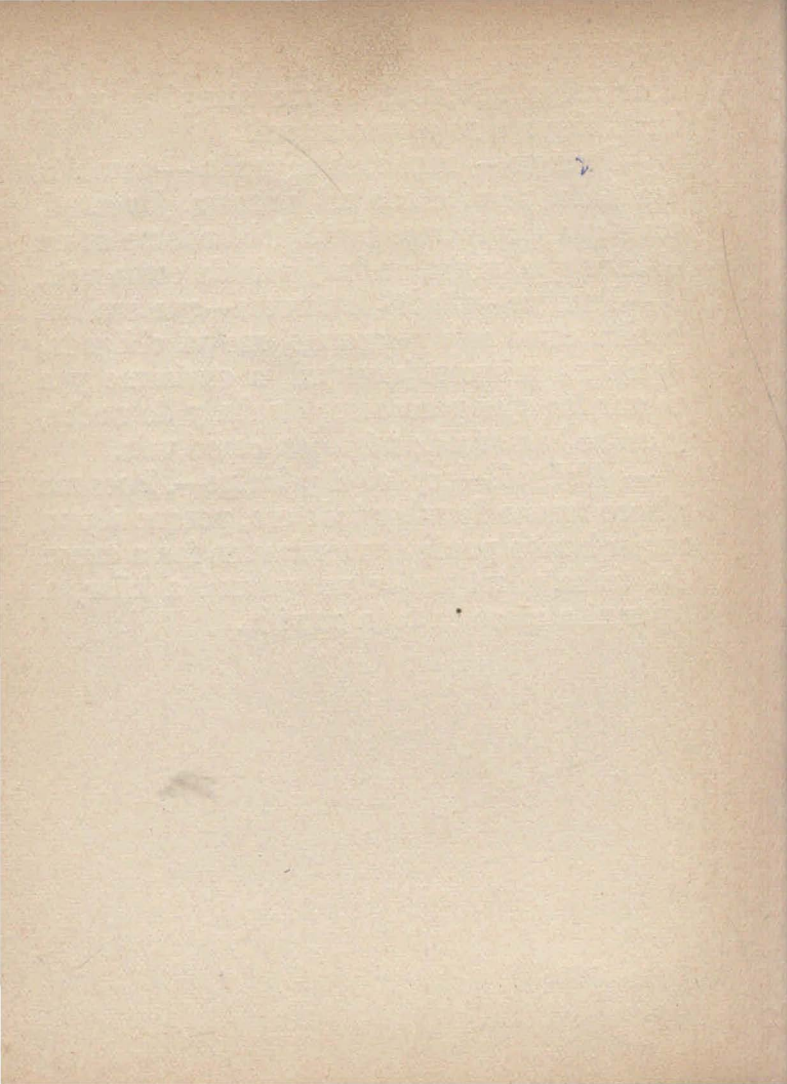
—Pronto os explicaré la razón—exclamó la primera vieja, que le había oído—. Cuando yo tenía la edad de vuestra esposa, era tan linda como ella. Pero, a fuerza de hilar y de cabe-

cear sobre mi labor, se me alargó la nariz hasta llegar a su estado actual.

—Pues yo — replicó la segunda — también era bella pero, desde mi primera juventud, tuve que esforzarme tanto doblándome sobre el telar que, al fin, acabé jorobada como veis.

—Pues yo—añadió la tercera—que era tan bonita como mis hermanas, me vi obligada, desde mi primera juventud, a sentarme y a forzar los ojos para coser de día y de noche, y así se han afeado mis ojos, como veis.

—¡Ah! ¿sí?—replicó el príncipe—. Pues me alegro mucho de saber todo eso, porque si una mujer bonita puede convertirse en fea a causa del trabajo, mi mujer no volverá a hilar, a tejer ni a coser en toda su vida.



LA FLAUTA DE OSBORN

En otro tiempo había un pequeño arrendatario que se vió obligado a abandonar su granja al dueño del terreno, porque las malas cosechas le impidieron pagar el arrendamiento. En cambio, si perdió todos sus bienes y fortuna, tenía tres hijos llamados Pedro, Pablo y Osborn. Estos iban de un lado a otro, se dedicaban a toda suerte de pasatiempos y juegos, pero no querían trabajar, pues no se consideraban obligados a ello. Además, se creían demasiado refinados para determinadas tareas y no acababan de encontrar ninguna ocupación que les agradase.

Por último Pedro se enteró de que el rey buscaba un guardián para sus liebres. Dijo a su padre que se disponía a pretender aquel cargo, porque, a su juicio, era bastante agradable y que, por otra parte, tenía la ventaja

de que su amo sería el primer personaje del reino.

El pobre padre creyó que su hijo no tenía las condiciones debidas para aquella ocupación, ya que, para guardar las liebres del rey, sería preciso ser muy activo. Pero, en fin, tuvo que consentir, porque Pedro estaba empeñado en ir a palacio. Preparó una mochila con su corto equipaje, que se cargó al hombro y emprendió el camino.

Después de muchos días de viaje, encontró a una anciana que tenía su larga nariz presa en la hendidura del tronco de un árbol y que, por más que tiraba, no podía libertarse. El joven, al contemplar aquel espectáculo, se echó a reír a carcajadas.

—No te quedes ahí como un tonto—le dijo la vieja—, ven a ayudar a una pobre anciana como yo. Quise hender ese tronco, para hacer leña de él pero, por desgracia, me acerqué demasiado y la nariz se quedó prendida en la hendidura. Y hace más de cien años que estoy aquí, sin poder soltarme.

Eso dijo, pero Pedro se limitó a reírse más y más, porque aquello le pareció muy divertido; y acabó diciendo a la vieja que si había

pasado allí más de cien años, podía continuar de igual modo durante cien años más.

Al llegar a la granja del rey, fué aceptado como guardián de las liebres. Le ofrecieron muy buena paga y excelente comida y aun el intendente de palacio le prometió la mano de la princesa, si cumplía exactamente con su obligación. En cambio, si se le escapaba una sola liebre, sería condenado a que el verdugo le cortase tres tiras de piel de la espalda y arrojado a un pozo lleno de serpientes venenosas.

Pedro aceptó imprudentemente y al amanecer del día siguiente le entregaron el rebaño de liebres para que se las llevase a pastar.

El joven se alejó con aquellos roedores que, al principio, se condujeron magníficamente. Pero, más o menos hacia el mediodía, las liebres empezaron a retorzar y a ir de un lado a otro y a saltar por entre las matas.

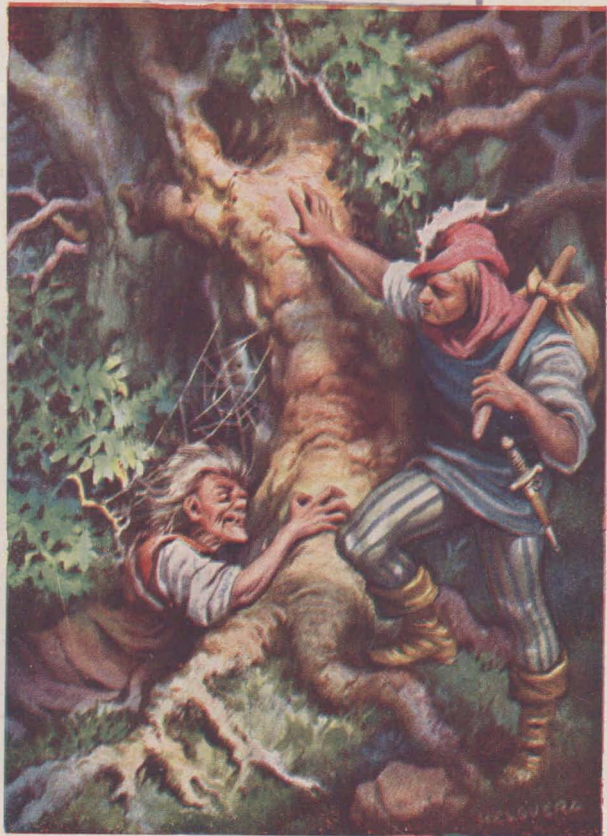
Pedro echó a correr en una y otra dirección, persiguiéndolas y se fatigó lo indecible, porque cuando conseguía coger alguna, se le escapaban dos más, y así continuó la cosa hasta que ya no pudo con su alma. Y en cuanto se

puso el sol ya no quedaba una sola liebre como muestra.

En vano fué que las llamara a grito pelado, porque no compareció ninguna y así, cuando estuvo de regreso en la granja real, encontró al monarca acompañado por el verdugo, quien aplicó a Pedro el castigo que se le había prometido.

Después de algún tiempo Pablo, el segundo hermano, se enteró de que en la granja real faltaba un guardián para las liebres. Su padre le hizo las mismas advertencias que a Pedro y aun, quizá, añadió algunas, pero tampoco logró convencer al muchacho ya que éste, después de preparar su pequeño equipaje, emprendió la marcha.

Cuando hubo transcurrido algún tiempo sin tener noticias de sus dos hermanos, Osborn quiso, a su vez, dirigirse a la granja real, para encargarse de las liebres del monarca. Comunicó tal propósito a su padre, quien repitió las advertencias que había hecho a sus hermanos y aun añadió algunas otras. Pero tampoco obtuvo resultado, porque su hijo menor se había empeñado en emprender el viaje. Y así, después de hacer su equipaje, emprendió la marcha.



—¡Buenos días, abuela!

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Después de varios días de viaje encontró a aquella vieja que tenía la nariz cogida en la hendidura del tronco de un árbol y que, sin cesar, se esforzaba en libertarse, aunque sin lograrlo.

—Buenos días, abuela — dijo Osborn—. ¿Qué hacéis ahí, tirando de vuestra nariz?

—Nunca nadie me había llamado abuela— contestó la anciana—. Ven y ayúdame a liberarme y luego dame algo que comer porque hace más de cien años que no he probado bocado. Si haces eso, tal vez yo podré corresponderte luego con algún servicio cariñoso y propio de una abuela.

El muchacho abrió la hendedura para que la pobre anciana pudiese retirar su nariz y luego, sentándose a su lado, comió y bebió en su compañía. Y la vieja tenía muy buen apetito, como podéis imaginaros, de modo que, en aquella comida, obtuvo la parte del león.

En cuanto hubieron terminado, la vieja dió una flauta a Osborn que tenía la siguiente virtud: cuando se soplabá por uno de sus extremos, se dispersaba en todas direcciones cualquier cosa cuya desaparición se deseaba; y si soplabá por el otro, reuníanse y congregá-

banse de nuevo las cosas dispersas. Además, en el caso de que alguien le quitase la flauta o de que se perdiese, volvía a poder de su dueño en cuanto éste lo deseara.

—Es una flauta magnífica—observó Osborn.

Al llegar a la granja real lo aceptaron inmediatamente como guardián de las liebres. Dijéronle que el servicio era bueno, la comida excelente y el sueldo crecido.

Añadió el intendente que si el joven se mostraba hábil en guardar las liebres del rey, quizá pudiera alcanzar la mano de la princesa, pero en cambio, si perdía una sola liebre, por pequeña que fuese, le cortarían tres tiras de piel en la espalda. En cuanto al rey, estaba tan seguro de que el joven merecería este castigo, que, en el acto, fué a dar instrucciones a su verdugo.

Osborn se dijo que el cuidado de las liebres no le daría gran trabajo porque, al salir con ellas, a la mañana siguiente, mostrábanse tan dóciles como un rebaño de cabras. Además, durante la primera parte del día, se condujeron muy bien. Pero en cuanto llegaron a las cercanías de las montañas y del bosque y el sol ardía con toda su fuerza, empezaron a sal-

tar y a dispersarse en todas direcciones, de modo que, al poco rato, ni una sola de ellas era visible.

—¡Eh! ¿adónde vais?—les gritaba Osborn.
—¡Deteneos! ¡Pero, en fin, id al diablo si queréis!

Dicho esto sopló por un extremo de la flauta y todas las liebres se alejaron más todavía.

Pero, unas horas más tarde y cuando ya empezaba a ponerse el sol el joven emprendió el regreso a la granja y, al llegar a corta distancia de la puerta, sopló por el extremo opuesto de la flauta y, en el acto, todas las liebres se congregaron, disponiéndose en filas ordenadamente, como si fuesen soldados pasando revista.

—Es una flauta magnífica—pensó el joven.

Y, dando una voz de mando, todas las liebres penetraron en la granja.

Junto a la puerta estaban el rey, la reina y la princesa y se quedaron maravillados al ver que aquel joven regresaba con todas las liebres, sin que faltara una sola. El rey las contó utilizando los dedos para ayudarse y, no contento con realizar una vez esta operación, la repitió dos o tres más. Pero no había duda.

Allí estaban todas las liebres, sin que faltase ni una.

—Ese muchacho es un guardián estupendo —observó la princesa.

Al día siguiente Osborn volvió a salir con el rebaño de liebres y como no le daba ningún cuidado lo que pudieran hacer los animalitos, se tendió a la sombra de un árbol para dormir. Pero, desde la granja, le mandaron a una doncella para que averiguase el medio de que se valía para que no faltase ninguna liebre.

La joven se acercó a Osborn y, después de trabar una cordial conversación con él, le preguntó cuál era su secreto y él, con toda franqueza le mostró la flauta. Luego sopló por un extremo y se dispersaron todas las liebres. Cuando ya se habían perdido de vista, el joven sopló por el extremo opuesto de la flauta y las liebres se reunieron otra vez, ordenadamente, sin que faltase ni una.

—¡Qué flauta tan bonita!—exclamó la doncella.

Y añadió que estaría dispuesta a dar cien doblones por ella.

—Sí, es una flauta magnífica—contestó Osborn.

Pero no quería venderla solamente por di-

nero. Si ella quisiera darle cien doblones de oro y, además, un beso por cada doblón, se la cedería.

¿Por qué no? La doncella se manifestó dispuesta a aceptar el trato y aun, después de darle el dinero y los besos, quedaría agradecida.

De este modo adquirió la flauta, pero apenas estaba a punto de llegar a la granja del rey, cuando aquel instrumento musical desapareció, porque Osborn deseó recobrarlo. Y así, a la puesta del sol, pudo reunir, de nuevo, las liebres para devolverlas a la granja, de modo que el rey, después de haberlas contado una y otra vez, tuvo que convencerse, muy admirado, de que no faltaba ninguna.

Al tercer día el joven salió de nuevo con las liebres y aquel día le enviaron a la princesa con objeto de que se apoderase de la flauta maravillosa. Ella se mostró muy afable con el guardián de las liebres y luego le ofreció doscientos doblones a cambio de la flauta y de las instrucciones necesarias para hacer uso de ella.

—Sí, es una flauta magnífica—contestó Osborn.

Pero añadió que si bien no estaba en venta,

no tenía inconveniente en cederla a la princesa, siempre y cuando ella le diese doscientos doblones de oro y un beso por cada doblón. Tal era el precio de la flauta. Y si deseaba conservarla, debía darle el consejo de que tuviese mucho cuidado con ella.

—Ese precio es exagerado para tal flauta— pensó la princesa.

Luego hizo algunos mohines de desagrado ante la exigencia de los besos pero, al fin, acabó diciéndose que nadie podía verla y que, puesto que no había más remedio... En fin, estaba decidida a hacerse dueña de la flauta.

Así, en cuanto hubo pagado a Osborn, recibió la flauta y la joven princesa se alejó, llevándola muy bien asida en la mano. Pero en cuanto llegó a la puerta de la granja, la flauta desapareció resbalando por entre sus dedos.

En vista de aquel fracaso, la reina en persona se dispuso a intentar la aventura. Estaba persuadida de que lograría volver con la flauta.

Ofreció solamente cincuenta ducados de oro al pastor, pero él le hizo aumentar el precio hasta llegar a los trescientos. Osborn le dió a entender que la flauta era magnífica y que, en realidad, no estaba en venta. Sin embargo, en

obsequio a la soberana, consentiría en cederla a cambio de los trescientos doblones y un beso por cada uno.

Y podemos añadir que la reina no se mostró avara en la segunda parte del contrato.

En cuanto tuvo la flauta, la ató muy bien y no le quitó los ojos de encima durante todo el camino; mas, no por eso, alcanzó mejor resultado que la doncella y la princesa, porque cuando se disponía a mostrar la flauta observó que había desaparecido. Y, por la tarde, Osborn regresó llevando completo el rebaño de liebres.

—Ya veo—observó el rey—que habré de cuidar yo mismo de este asunto, pues, de otro modo, no conseguiremos apoderarnos de esa maldita flauta.

Así, pues, cuando, al día siguiente, salió Osborn llevando por delante su rebaño de liebres, el rey no tardó en ir a su encuentro. Lo descubrió tendido a la sombra de un árbol y en el mismo lugar donde recibió a las tres mujeres. El monarca, decidido a utilizar sus grandes dotes de diplomático, empezó por dirigir, cordialmente, la palabra al pastor. Este le replicó en tono adecuado, de modo que ambos pasaron un rato muy ágradable, charlando de

mil cosas y riéndose de lo lindo. Cualquiera que los hubiese visto se figuraba que eran excelentes amigos. Osborn le dejó examinar la flauta y luego le mostró sus propiedades, soplando sucesivamente por ambos extremos.

Al rey le pareció que aquel instrumento era maravilloso y se manifestó dispuesto a adquirirlo aunque, para ello, hubiese de gastar mil doblones de oro.

—Sí, es una flauta magnífica—exclamó el pastor—y, desde luego, no la vendo por dinero. ¿Veis ese caballo blanco que hay a cierta distancia?—preguntó, señalando al bosque.

—¡Claro que lo veo! Es mi propio caballo. Montado en él he venido—contestó el rey.

—Bien. Pues si queréis darme mil ducados de oro y luego dar un beso a vuestro caballo, os cederé mi flauta.

—¿No sería posible obtenerla sin esta condición?—preguntó el rey.

—No, de ninguna manera—contestó el joven.

—Bueno—replicó el soberano—. Pero yo, a mi vez, exijo el permiso de interponer mi pañuelo de seda entre la boca y el caballo.

Osborn le concedió esa pequeña satisfacción. Y el rey obtuvo así la flauta, que se guar-

dó en la escarcela. Luego metió esta última dentro del pecho de su jubón, abrochándoselo con el mayor cuidado y emprendió el camino de regreso.

Pero, en cuanto llegó a la granja y se dispuso a sacar la flauta, para mostrarla a la reina y a la princesa, a fin de vanagloriarse de su habilidad, observó que el instrumento había desaparecido. Y por la tarde, como de costumbre, llegó Osborn llevando por delante el rebaño de liebres, sin que faltara una sola.

El rey se sintió lleno de despecho y encolezado a la vez, al darse cuenta de que se había dejado engañar. Por eso y a pesar de la palabra dada, decidió quitar la vida al joven Osborn, criterio que compartió su esposa. Sin duda era mucho mejor librar al mundo de semejante individuo.

Pero cuando el monarca comunicó tal decisión al joven, éste no se manifestó conforme y replicó que siempre se había limitado a cumplir exactamente sus obligaciones y a defender su vida y su espalda.

—Lo siento mucho, amigo mío—replicó el rey—, pero no hay remedio. Has de morir.

—Lo mismo opino—contestó la reina, que

estaba muy enojada por la burla de que había sido objeto.

—¿Y no me ofreceréis, siquiera—preguntó Osborn—, la oportunidad de salvar mi vida de algún modo?

El rey que, a pesar de todo, no era cruel, reflexionó unos instantes y, al fin, dijo:

—Bien. Si eres capaz de llenar de mentiras ese cuenco, de modo que rebosen, te perdonaré.

Osborn creyó que aquella condición no era difícil ni peligrosa de llevar a cabo. Y disponiéndose en el acto a llevar a cabo lo que había indicado el monarca, empezó su historia por el principio.

Habló de la anciana que tenía la nariz sujeta en el tronco del árbol. Luego se refirió a la flauta y a como la obtuvo.

Después habló de la doncella que acudió a su encuentro y le propuso comprar la flauta por cien doblones de oro y un beso por cada uno de ellos. Habló luego de la princesa que, a su vez, también le dió un beso por cada moneda de oro, cosa que nadie vió, porque estaban solos en el bosque. Después dijo que la misma reina, si bien se mostró un poco avara con el dinero, fué generosa con los besos.

—Creo — observó la soberana — que ese cuenco ya está lleno de mentiras.

—No, no, de ningún modo — contestó el rey—. Todavía no llegan al borde.

Entonces el joven dió cuenta de la visita que le hiciera el mismo rey, habló del caballo que le sirvió de cabalgadura y empezaba a referirse a las condiciones en que le vendió la flauta, pero el rey lo interrumpió, diciendo:

—¡Alto, muchacho! Las mentiras ya rebosan.

Osborn ya no corría peligro de perder la vida. Y como, además, la princesa se había enamorado de él, los padres de la joven no tuvieron más remedio que dársela en matrimonio. Fué inevitable.

—¡Oh, es una flauta magnífica! — pensaba Osborn.

Luego y antes de que se celebrara la boda, procuró que pusieran en libertad a sus dos hermanos, los hizo curar muy bien y los mandó a su casa y al lado de su padre, cargados de riquísimos regalos.

EL MARIDO QUE QUISO CUIDAR DE LA CASA

Hubo un hombre de tan mal genio que siempre reconvenía a su mujer porque, a su juicio, no hacía nada bien: Y una noche, al llegar a su casa, empezó a maldecirla y a censurarla, de tal modo, que ella le contestó:

—Mira, vale más que no te enojés. Mañana, si quieres, cambiaremos de trabajo. Yo me iré al campo con los segadores y tú quedarás al cuidado de la casa.

El consintió de buena gana, deseoso de dar una lección a su mujer y ésta, a la mañana siguiente, se dirigió al campo a segar, en tanto que el marido se dispuso a encargarse de los trabajos de la casa.

Ante todo quiso batir la leche para hacer manteca, pero como tuviera sed, abandonó el trabajo y se dirigió a la cueva para tomar un jarro de cerveza.

Cuando se disponía a tapar la cuba, oyó entrar al cerdo en la cocina y subió a toda prisa la escalera, con el tapón en la mano, por temor de que el cerdo se le bebiese la leche. Al llegar vió que el animal había derribado el caldero de la leche y se irritó tanto que, sin recordar el barril de cerveza, empezó a perseguir al cerdo.

En cuanto lo alcanzó dióle tal puntapié que lo dejó por muerto. Y recordando entonces que había dejado el barril destapado, bajó a la cueva, pero ya toda la cerveza se había derramado por el suelo.

Fué en busca de más leche para hacer manteca y cuando hubo terminado la operación se acordó de que la vaca aun no había salido del establo. Pero se dijo que era ya demasiado tarde para llevarla al prado y, por lo tanto, prefirió llevarla al tejado de la casa, que era de tierra y estaba cubierta de hierba. Es de advertir que la casa estaba apoyada por un lado en un tajo, de modo que le fué fácil hacer pasar la vaca al tejado.

Tomó un cubo para sacar agua del pozo, pero, al inclinarse sobre el brocal, volcó toda la leche sobre sus propios hombros y luego fué a parar al suelo.

Había llegado la hora de comer y ni siquiera

ra tenía preparada la manteca. Dispúsose a hacer gachas y llenó la olla de agua, que colgó sobre el hogar. Entonces se le ocurrió la posibilidad de que la vaca se cayese del tejado y se rompiera las patas o el cuello. Por consiguiente fué a atarla, haciendo pasar un extremo de la cuerda por la chimenea. Y él mismo se sujetó el cabo de cuerda al muslo. Hechos estos preparativos se dispuso a echar la harina a la olla. Pero antes tenía que molerla.

Mientras estaba ocupado en eso, la vaca se cayó del tejado y, como es natural, arrastró al hombre chimenea arriba. Se quedó cogido en la chimenea sin posibilidad de soltarse y en cuanto a la vaca estaba colgada a lo largo de la pared, sin tocar en el suelo y medio estrangulada.

Mientras tanto la esposa, que esperaba la llegada del marido con la comida, acudió a ver que pasaba. Pero al llegar a su casa, vió desde fuera a la vaca colgada y se apresuró a cortar la cuerda con su hoz, al hacerlo, el marido se cayó de la chimenea, sobre las brasas del hogar y así lo encontró la buena mujer quemado, dolorido y escaldado y sin que hubiera hecho nada de provecho.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

P
2-93
C5N

LITERATURA INFANTIL - CUENTOS

